

VICO Y BACON: LA HISTORIA DE UNA RECONCILIACIÓN ENTRE LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS

Catalina González



Se plantea un intento de “reconciliación” histórica de ‘antiguos’ y ‘modernos’ a través de la conexión postulada entre el empirismo baconiano y las “pruebas filológicas” de Vico en la *Ciencia nueva*.

Palabras clave: Vico, F. Bacon, empirismo, antiguos y modernos, invención, retórica.

Here is proposed a historical “settlement” of ‘ancients’ and ‘moderns’, through the connexion between Bacon’s empiricism and Vico’s “philological proofs” in the *New Science*.

Keywords: Vico, F. Bacon, empiricism, ancients and moderns, invention, rhetoric.

Giambattista Vico y Francis Bacon son, sin duda alguna, dos de las más enigmáticas figuras de la modernidad temprana. Bacon ha sido considerado como uno de los pioneros del método científico natural y, con ello, como un pensador emblemático del espíritu de la modernidad. Por su parte, Vico ha sido recientemente interpretado como ‘defensor’ de las disciplinas humanas; es decir, como uno de los pocos continuadores de la tradición retórica del humanismo latino, en un siglo obnubilado por el ya rápido avance de la ciencia. Sus perfiles, pues, no podrían ser más opuestos.

De hecho, por mucho tiempo en la historia de la filosofía, ambos personajes han sido considerados como representantes de las más extremas posturas en la eterna ‘disputa entre los antiguos y los modernos’. Debemos a Gadamer, por ejemplo, la primera caracterización de Vico como pensador anti-moderno, en contraste con Bacon, quien, en su opinión, fue uno de los primeros en proponer el ideal de una experiencia científica completamente a-histórica. Por otro lado, Bacon ha sido considerado, en recientes debates sobre retórica, como uno de los más importantes representantes de la tendencia, ya dominante en los principios de la modernidad, de reducir la retórica a simple oratoria, quitándole, con ello, todo su valor epistemológico real. Sin embargo, basta con echar una rápida ojeada a las obras de los dos autores, para que el lector quede con la impresión de que las similitudes en sus puntos de vista son realmente prominentes, y de que, en virtud de ellas, tal vez valdría la pena situarlos en un esquema de relación

menos polarizada. El propósito de este trabajo es precisamente ese: me propongo explorar el lazo sutil que une las ideas de Giambattista Vico y Francis Bacon. En mi opinión, dicho lazo resulta especialmente elucidatorio en la tarea de alcanzar una mejor comprensión de la fundación de las ciencias modernas y el lugar que en ella ocupa la tradición retórica.

Tres temas son especialmente sugerentes en esta relación entre Vico y Bacon. El primero es la noción de ciencia que cada autor profesa, y del lugar que debe ocupar el ‘método empírico’ o la ‘inducción’ en el conjunto de las mismas. Curiosamente, Vico comparte con Bacon su entusiasmo por el método empírico, a tal punto que lo incluye en el desarrollo de su “Ciencia Nueva”. El segundo tema –estrechamente relacionado con el primero, como veremos–, es la noción de ‘invención’ que los dos autores comparten. En mi opinión personal, la adaptación que Bacon hace de la ‘invención retórica’ a los asuntos de la ciencia natural, y el lugar que le da en su esquema general de las ramas del conocimiento no es de ninguna manera perjudicial para la tradición retórica (si bien ésta es una idea que ha sido muy divulgada). Desde mi lectura de Bacon, su clasificación en dos de las artes de la invención –‘interpretación natural’ y ‘experiencia literaria’–, ofrece a Vico una plataforma sobre la cual fundar las ciencias humanas con independencia de las naturales. Esta es, precisamente, la llamada por Bacon ‘*experientia litterata*’, o el arte de la invención retórica. Finalmente, Vico y Bacon coinciden en otorgar a la imaginación, sobre todo a la imaginación entrenada retóricamente, un valor moral y epistemológico sin precedentes. Para los dos, la retórica suple una función esencial, tanto en la educación moral de los individuos, como en el desarrollo de su capacidad intelectual para superar los prejuicios que le impiden acceder a un acertado conocimiento ‘científico’, sea éste sobre los asuntos sociales o sobre los naturales.

Veamos, pues, con más detalle, estos tres temas del pensamiento de Vico y Bacon.

1. EL EMPIRICISMO BACONIANO Y LAS PRUEBAS FILOLÓGICAS DE VICO

Vico expresa su profunda admiración por Bacon en varios pasajes de *Sobre el método de estudios de nuestro tiempo*, la *Ciencia Nueva*, y la *Autobiografía*. Tal vez el más curioso de estos pasajes es aquel en el cual Vico eleva a Bacon al rango de Platón y Tácito. Aparece en la *Autobiografía* y dice así:

“[...] la atención de Vico fue atraída por Francis Bacon, Lord de Verulamio, un hombre de incomparable sabiduría tanto en los asuntos comunes como en los esotéricos; hombre universal, tanto en la teoría como en la práctica; un filósofo único y un gran Ministro de Estado inglés. De su *De augmentis Scientiarum*, Vico concluyó que, así como Platón fue el príncipe de la sabiduría griega, y los griegos no tuvieron un Tácito, así mismo, ni griegos ni romanos han tenido a alguien como Bacon.”

Vico admiraba la inigualable capacidad de Bacon para pensar al tiempo en términos teóricos y prácticos; una cualidad que le parecía a Vico la mayor muestra de sabiduría humana. El proyecto general de Bacon, en *El progreso del conocimiento* (1605), de esbozar un gran sistema de las ciencias, describiendo los modos en los cuales cada uno de sus métodos debería ser conducido y mejorado, era para Vico una clara muestra de esta virtud del pensamiento baconiano.

El progreso del conocimiento fascinó a Vico de tal manera que, un siglo después de su publicación, él mismo emprendió una tarea similar en uno de sus más tempranos y más brillantes trabajos: *Sobre el método de estudios de nuestro tiempo* (1709). Por su parte, Vico también ofrece en este texto un balance del estado de las ciencias en su tiempo; la diferencia es que, para hacerlo, Vico escoge comparar los resultados de las ciencias y los métodos modernos con los de los antiguos. En conclusión, Vico atribuye la mayor parte de los defectos de la ciencia moderna a la popularidad del método deductivo cartesiano (heredero, para él, de la lógica de los estoicos), y trata de subsanar este defecto restaurando la relación entre filosofía y retórica. Sin embargo, Vico es también justo con los desarrollos de la ciencia moderna, y se muestra aquí particularmente decidido a dar crédito a la observación empírica. Motivado, sin duda, por su aprehensión al método cartesiano, Vico se adhiere a la idea baconiana de fundar las ciencias en la inducción. Así, en *Sobre el método de estudios de nuestro tiempo*, Vico afirma:

“Hoy, habiendo hecho el descubrimiento de una sola verdad, procedemos a derivar de ella toda una serie de inferencias concernientes a los fenómenos naturales. Pero indicios y juicios derivados de una larga y continua observación, son vistos como meras aproximaciones probables a la verdad... Como Bacon, yo mantengo que los modernos han sido desviados por su preferencia por esa forma de razón estrictamente deductiva que los griegos llamaban *sorites*. La persona que usa el silogismo no incorpora a su juicio ningún elemento nuevo, puesto que la conclusión esta ya implicada en la proposición inicial.”

La simpatía de Vico por el empiricismo baconiano también alcanzó su obra central: la *Ciencia Nueva*. Aunque no es muy común observarlo, en esta obra Vico le da un lugar importante dentro de su nuevo método a la observación y análisis de datos empíricos, disciplina a la que él llama ‘filología’. En breve, el método propuesto por Vico en la *Ciencia Nueva* consta de tres etapas: en la primera, los principios universales sobre los que se funda la ciencia son expuestos (éste, podría decirse, es el componente metafísico de la ciencia); en la segunda, una ‘historia ideal’ de las naciones es construida (o narrada) sobre el criterio de un sentido común universal que sirve para eliminar las hipótesis improbables; y en la tercera, esta historia ideal es contrastada con ‘pruebas filológicas e históricas’, de las cuales se obtiene la ‘certeza’ final, de los principios universales y de la historia ideal. Las palabras de Vico no pueden ser más explícitas:

“Por el uso de estas pruebas, deberemos estar en capacidad de ver en hechos este mundo de las naciones que hemos estudiado ya en idea, siguiendo el método de filosofar al cual Francis Bacon, Lord de Verulamio, tanto dio para hacer certero, pero llevándolo esta vez de los asuntos naturales [...] a las instituciones civiles de la raza humana.”

Como resultado, el método propuesto por Vico para su *Ciencia Nueva*, aunque no del todo inductivo (Vico no respaldaría una ciencia humana que imitara por completo a las ciencias naturales), tampoco es completamente deductivo (si bien está fundado en verdades universales). Es más bien una mezcla de los dos, en la cual las verdades universales y los

hechos particulares se complementan, gracias a una narrativa englobante que representa el modo común de sentir y pensar de la humanidad (el llamado, *sensus communis*).

En suma, tanto Bacon como Vico deploraban cómo la deducción (para Bacon se trataba de la deducción escolástica; para Vico, de la deducción del método cartesiano) había terminado por dar forma a las ciencias de su tiempo, y ambos encontraban en el ‘método empírico’ el remedio para esta enfermedad. Ahora bien, la concepción del método empírico tanto para Bacon como para Vico dista mucho de lo que hoy conocemos como ‘empiricismo’. De hecho, se acerca mucho a lo que la tradición retórica denominaba ‘arte tópica’ o arte de la ‘invención’. Veamos con más detalle esta relación.

2. *INTERPRETATIO NATURAE Y EXPERIENTIA LITTERATA*

Tanto Vico como Bacon reconocen el valor de la invención para la ciencia. Ni las ciencias naturales, ni las sociales pueden ser derivaciones lógicas de una verdad pre-concebida. En *El Progreso del Conocimiento*, Bacon clasifica las ramas del conocimiento (a las que él llama ‘artes’) en cuatro categorías: ‘artes del investigar’ o ‘de la invención’, ‘artes del examen’ o ‘del juicio’, ‘artes de la custodia’ o ‘de la memoria’ y ‘artes de la locución’ o ‘de la tradición’. En sus palabras:

“Las artes intelectuales son cuatro en número, divididas de acuerdo con los fines a los cuales ellas se refieren: porque la labor del hombre es o bien inventar aquello que se busca o se propone; o juzgar aquello que se inventa; o retener lo que se ha juzgado; o comunicar aquello que se ha retenido. Así pues, las artes son cuatro: arte del investigar o de la invención, arte del examen o del juicio, arte de la custodia o de la memoria, y arte de la locución o de la tradición.”

La primera clase, el arte del investigar o de la invención, tiene dos sub-clases: “invención de las artes y ciencias” o *interpretatio naturae*, e ‘invención del discurso y de los argumentos’ o *experientia litterata*. La *interpretatio naturae*, dice Bacon, es hasta el momento una “parte deficiente” de las ciencias, puesto que la deducción ha por mucho tiempo usurpado el lugar que en realidad pertenece a la inducción. Así que, según Bacon, la inducción es una especie de invención, si bien una que debe ser ‘re-descubierta’:

“Que esta parte del conocimiento hace falta, a mi juicio queda plenamente confesado, puesto que, en primer lugar, la lógica no pretende inventar las ciencias o los axiomas de las ciencias, sino que, al contrario, los ignora *cuique in sua arte credendum*. [...] En segundo lugar, porque la inducción de la cual hablan los lógicos, y que parece ser similar a la de Platón, por la cual se pretende que los principios de las ciencias pueden ser inventados,... esta forma de inducción, digo, es completamente nociva e incompetente.” (AL, 144)

Si bien, a causa de la generalidad del título que Bacon da en inglés a la inducción: “invención de las artes y las ciencias” (*invention of arts an sciences*), pareciera que Bacon ha situado la inducción en la base de ambas ciencias, las naturales y las humanas (ésta es la interpretación tradicional de su doctrina como ‘empiricista’); yo preferiría arriesgar la hipó-

tesis contraria: es decir, que en su clasificación de la invención en dos ramas, la *interpretatio naturae* y la *experientia litterata*, en latín, Bacon anticipa una división de las ciencias humanas y las naturales. Esta última se fundaría en la inducción, y aquella en la argumentación. Como era de esperarse, Bacon no sitúa la invención retórica en los cimientos de las ciencias naturales; sin embargo, tampoco le niega un papel importante en la base de los asuntos humanos. De hecho, Bacon incluso le reconoce a la invención retórica que haya sido mucho más firmemente desarrollada que la inducción. En su descripción de ésta, afirma: “No puedo reportar que esta parte de la invención, a la cual las escuelas llaman la tópica, sea deficiente” (AL, 149). De este modo, la invención retórica no es dejada por fuera del mapa general del conocimiento humano, simplemente es situada por fuera del dominio de las ciencias naturales. Aunque en algunos momentos Bacon pareciera tratar a este tipo de invención despectivamente, como por ejemplo cuando dice: “la invención del discurso o de los argumentos no es propiamente dicha una ‘invención’ puesto que inventar es descubrir lo que no sabemos, no recobrar y recoger lo que ya sabemos” (AL, 147), su argumento no supone que la invención retórica deba ser rechazada, sólo afirma que, puesto que la invención retórica no puede ayudarnos a descubrir algo que no sepamos ya, no es un buen punto de partida para el estudio de la naturaleza. En otras palabras, lo que Bacon entrevé con esta afirmación, es el principio viquiano del *verum factum*, según el cual la tópica debe ser situada en la base de las ciencias históricas, puesto que en estas ciencias, a diferencia de las naturales, las verdades fundamentales ya están en nuestra mente, como parte del sentido común con el que la providencia nos ha dotado, y lo que queda por hacer es re-descubrir las y re-crearlas .

Pero aún más importante que esto, es, en mi opinión, el hecho de que Bacon considere la inducción como una ‘nueva especie’ de invención. Con este gesto es evidente que, aunque Bacon no considera que la tópica deba ser el fundamento de las ciencias naturales, sí construye su nuevo método *a partir del modelo de ésta*. Esto ciertamente tendría que haber traído enormes consecuencias para las ciencias naturales, si las ideas de Bacon hubieran sido interpretadas con mayor justicia (por ejemplo, de aquí se derivaría que la observación y la experimentación, contrariamente a lo que opina Gadamer, estarían desde el principio estrechamente relacionadas con el ejercicio interpretativo). Sin embargo, discutir este punto se sale del propósito de este trabajo, que es comparar los puntos de vista de Vico y Bacon. De modo que vale la pena simplemente señalar aquí que, en *El Progreso del Conocimiento*, Bacon reconoce los límites y las virtudes de la invención retórica, y al interpretarla como ‘*experientia litterata*’ y ponerla en la base de los asuntos humanos, da pie a la doctrina viquiana del *verum factum*.

Con esto creo que podemos pasar al tercer punto de la relación entre los dos autores: el valor moral y epistemológico de la retórica en términos del ‘entrenamiento de la imaginación’.

3. RETÓRICA E IMAGINACIÓN

El Barón de Verulamio, como es bien conocido, combinó la vida intelectual con la vida pública. Por sus asuntos públicos, se familiarizó con la práctica de la oratoria forense. De hecho, el primer libro de *El progreso del conocimiento* es un buen ejemplo de un discurso persuasivo, dirigido al rey James I, en el cual Bacon expone las razones por las cuales las ciencias deben ser promovidas por el Estado, a partir de un recorrido exhaustivo por los

lugares u opiniones comunes al respecto. En el libro segundo, su estilo es menos argumentativo y más explicativo, pero aún es evidente su intención persuasiva, como puede notarse por su uso de metáforas y agudos comentarios, con el fin de ilustrar sus ideas. En consonancia, pues, con su propio procedimiento, Bacon dedica parte de su libro a la importancia de la retórica, ya no en la ciencia, sino en los asuntos prácticos. De hecho, una de las más famosas definiciones de ‘retórica’ en la historia de esta disciplina es la que aparece en *El Progreso del Conocimiento*: “la tarea de la retórica es aplicar la razón a la imaginación, para la mejor conducción de la voluntad” (AL, 168). Esta definición tiene el mérito de ser la primera en incluir una mención explícita a la imaginación.

Vico, sin duda alguna, es continuador de esta línea de explicación. Como profesor de retórica, Vico recomienda con vehemencia la educación en la tópica como la mejor forma de desarrollar la imaginación en los jóvenes. Basta con citar el bellísimo y famoso aparte de *Sobre el método de estudios de nuestro tiempo* sobre la imaginación de los jóvenes para confirmarlo:

“Así como en la vejez la razón es poderosa, así mismo es la imaginación en la adolescencia. Puesto que la imaginación ha sido siempre estimada como la más favorable muestra del desarrollo futuro, no debe ser opacada [...] En nuestros días, por el contrario, solo la crítica filosofía es honrada. El arte de la tópica, lejos de tener el primer lugar en el *currículum*, es abiertamente relegado. De nuevo, esto es nocivo, pues la invención de los argumentos es por naturaleza anterior al juicio sobre su validez.” (MST, 13-14)

¿Por qué es la imaginación tan importante para ambos autores? Pareciera que, una vez ésta ha sido entrenada retóricamente, la imaginación cumple dos funciones: la primera es ética o moral; la segunda es cognitiva. En cuanto a la primera, Bacon insiste en que la elocuencia afecta la imaginación de tal manera que ésta no puede resistirse más a la razón, sino que, muy al contrario, se convierte en su aliada, haciendo que la voluntad pueda superar más fácilmente las urgencias de las pasiones.

“De nuevo, si las pasiones en sí mismas fueran dúctiles y obedientes a la razón, sería verdad que no se necesitaría usar insinuaciones y persuasiones para con la voluntad... pero, en vista de las continuas mutaciones y sediciones de los afectos... la razón sería cautivada y servil, si la elocuencia no entrenara y ganara a la imaginación de la parte de las emociones, y consiguiera una confederación entre la razón y la imaginación, en contra de las emociones.” (AL, 169-170)

La retórica, pues, juega un papel importante en la educación moral. Sólo imaginando las consecuencias de nuestras acciones particulares, es posible que aceptemos de buen grado un plan de acción virtuoso. Y esto –como todos lo sabemos bien, desde nuestra experiencia personal dando o recibiendo consejos– puede ser inducido gracias a discursos elocuentes. Como Bacon lo afirma, la imaginación tiene el poder de traer el futuro al presente, de tal modo que las urgencias de las pasiones, que siempre buscan los beneficios presentes, sean debilitadas y entonces la razón pueda mandar sobre la voluntad libremente.

Vico también reconoce una función educativa o formativa de la imaginación en lo que respecta a asuntos, para él llamados, ‘civiles’. La elocuencia, dice Vico, hace por las almas ordinarias y jóvenes lo que la filosofía hace por las maduras y excepcionales. En sus palabras:

“ Sólo dos cosas son capaces de hacer que las agitaciones del alma, esos demonios interiores del hombre que nacen de una sola fuente, el deseo, tengan un buen uso: Una es la filosofía, que actúa para mitigar las pasiones en el alma de los sabios, de modo que tales pasiones sean transformadas en virtudes; la otra es la elocuencia, que suaviza estas pasiones en las gentes comunes, de modo que puedan realizar las tareas de la virtud.” (MST, 39)

En mi opinión, lo más valioso de estas ideas sobre la relación entre educación retórica y educación moral es el hecho de que la elocuencia no sea vista sólo como dirigida a una audiencia, sino también como dirigida al individuo mismo. En otras palabras, la imaginación retórica ayuda no sólo a persuadir a los jóvenes o a las ‘masas vulgares’ de actuar virtuosamente; sino también al individuo a convencerse a sí mismo de los beneficios de un cierto curso de acción sobre otro. De este modo, la retórica se convierte en una especie de, por así decirlo, hábito de reflexión moral que nos ayuda a adquirir un carácter virtuoso. Esta idea, sin embargo, no es nueva en el dominio de la retórica. Por el contrario, puede decirse que tanto Vico como Bacon están desenterrando con ella una de las funciones más importantes de la retórica según los sofistas, y en especial según Isócrates. En su *Antidosis*, Isócrates señala este uso de la retórica en el ejercicio de la deliberación interna, así:

“Con esta facultad (el poder de hablar bien) podemos vérnoslas con los otros en asuntos que son abiertos a la disputa, y buscar luz para nosotros mismos en cosas que nos son desconocidas, puesto que los argumentos que usamos para persuadir a los otros cuando hablamos en público, los empleamos también cuando deliberamos en nuestro propio pensamiento; y, mientras que llamamos elocuentes a aquellos que son capaces de hablar enfrente de la multitud, llamamos sabios a aquellos que debaten sus problemas de la forma más habilidosa en su propia mente.”

La recuperación de este aspecto moral individual de la retórica es, pues, una contribución valiosa de Vico y Bacon a la modernidad, contribución que tiene una increíble validez en todos los tiempos y sociedades. En este sentido, puedo decir, sin temor a incurrir en una exageración, que Vico y Bacon apuntan aquí al valor universal de la retórica.

Ahora, para llegar finalmente a la función cognitiva de la imaginación retórica, es necesario reconsiderar una de las más celebradas ideas de Bacon, es decir, la de los pre-judicios o ídolos que obstaculizan la búsqueda del conocimiento humano. A este respecto, de nuevo, las similitudes entre Vico y Bacon son remarcables. Bacon define los ídolos del entendimiento humano como:

“Falsas nociones que están ahora en posesión del entendimiento humano, y se han enraizado en él profundamente... éstas, no sólo acosan la mente huma-

na de tal modo que la verdad puede con mucha dificultad entrar en ella, sino que incluso después de que la entrada haya sido posible, éstas nos causarán problemas en la instauración de las ciencias, a menos que los hombres, habiendo sido alertados del peligro, se protejan tanto como puedan de sus asaltos.”

Hay cuatro clases de “ídolos” de acuerdo con Bacon: Los “ídolos de la tribu”, los “ídolos de la caverna”, los “ídolos del mercado” y los “ídolos del teatro”. Cada clase describe un conjunto de factores que entorpecen nuestra aproximación a la naturaleza en la investigación científica: los primeros son nuestras inclinaciones humanas naturales, que afectan nuestra forma de percibir; los segundos, nuestras historias individuales que afectan nuestra manera de acercarnos a los temas (puesto que estas historias dan forma a nuestras preferencias); los terceros, el lenguaje o los lenguajes (idiomas) que indudablemente afectan nuestra forma de entender dichos temas; y finalmente las autoridades particulares que nos han transmitido ‘verdades’ establecidas a lo largo de la historia.

¿Qué puede hacer la imaginación para combatir estos “ídolos”? Bacon no tiene una solución que incluya explícitamente la imaginación en este punto. Por el contrario, él cree que lo que puede mantener la investigación científica a salvo de los “ídolos” es una atención desprejuiciada a los hechos de la naturaleza (en otras palabras, la ‘inducción’). Por su parte, Vico parece haber considerado también esta idea de los ídolos y, en los “Elementos” de la *Ciencia Nueva*, otra vez, Vico recupera este aspecto del pensamiento baconiano y le da una interpretación retórica:

“Es (otra) propiedad de la mente humana que siempre que los hombres se forman una idea de cosas distantes y desconocidas, las juzgan por las que les son familiares y a la mano. Este axioma señala la inexhaustible fuente de todos los errores sobre los principios de la humanidad que han sido adoptados por naciones enteras y por todos los académicos.” (NS, 18)

Este axioma de la *Ciencia Nueva* resume la característica más importante de los “ídolos”: el hecho de que cualquier intento por obtener un conocimiento de los asuntos naturales o humanos es interpretativo, o mediado por la carga de nuestras inclinaciones naturales, personales o sociales. Vico también está de acuerdo con Bacon en que esta tendencia natural interpretativa en la investigación o el aprendizaje es la causa de todos nuestros prejuicios y errores, de modo que, para poder encontrar la ‘verdad’, debemos ir despojándonos de ellos en el camino del conocimiento. Pero el método para hacer esto es, para Vico, de carácter retórico. Tiene que ver precisamente con la idea de un sentido común de la raza humana, al cual me referiré muy brevemente a continuación.

Sentido común o *sensus communis* significa, para Vico, “juicio sin reflexión, compartido por una clase entera, un pueblo entero, una nación entera o la raza humana en su integridad” (NS, 21). En nuestra búsqueda de la verdad, debemos gradualmente alejarnos de las preferencias personales, pasando por los prejuicios nacionales, hasta llegar al sentido común de la raza humana. Es importante notar aquí que el sentido común no es el producto de la reflexión. Por el contrario, la reflexión de alguna manera nos impide el acceso a este tipo de racionalidad humana, fuertemente conectada con el sentimiento y la imaginación. La forma

de ganar gradualmente contacto con nuestro sentido común es descartando una por una las opiniones que son privadas y, por tanto, prejuiciadas, gracias a la juiciosa aplicación de una especie de ‘método crítico’ viquiano que es retórico por naturaleza:

“Escuchamos a la gente afirmar que, si los individuos están dotados de un sentido crítico, es suficiente con enseñarles cierto tema, y ellos tendrán la capacidad de descubrir si hay o no verdad en él. Se dice que, sin ningún entrenamiento previo en el arte de la Tópica, cualquier persona puede discernir las probabilidades que rodean un tema en particular, y evaluarlas con los mismos estándares empleados es el establecimiento de la verdad. Pero, ¿quién puede estar seguro de que se hayan tenido en cuenta todos y cada uno de los aspectos de tema en cuestión? El más elogioso título que puede ser dado a un discurso es el de ser ‘exhaustivo’: pues se alaba al orador que no ha dejado ningún punto sin tocar, que no ha omitido nada en su argumento, nada que pueda ser echado de menos por sus oyentes.” (MST, 14)

De nuevo contra el método cartesiano, Vico insiste en la utilidad de la tópica para ganar un conocimiento ‘más verdadero’ (aunque no ‘más objetivo’) de los asuntos humanos. En su opinión, el método cartesiano, con su carácter abstracto y exacto, o en otras palabras, con su desprecio por la imaginación, termina por estrechar las mentes de los jóvenes, a tal punto que estos se convierten o bien en ‘temerarios’, o bien en ‘crédulos’. Crédulos, cuando se adhieren a un dogma sin revisarlo críticamente; y temerarios, cuando se niegan a escuchar cualquier opinión ajena e insisten en esgrimir constantemente sus propios prejuicios. En conclusión, sin contar con una imaginación entrenada retóricamente, las mentes de los jóvenes crecen siendo incapaces de evaluar posibilidades de verdad. Su sentido común se vuelve una capacidad deductiva ciega, que no sirve ni para el pensamiento crítico ni para la deliberación ética: “como consecuencia”, dice Vico, “aquellos a los que sólo les concierne la experiencia de la verdad abstracta, tienen gran dificultad en adquirir sus medios, y aun mayor dificultad en lograr sus fines” (MST, 34).

CONCLUSIÓN

Dadas estas similitudes entre el pensamiento de Vico y Bacon, algunas conclusiones pueden extraerse provisoriamente. Como lo sugerí con el (sub)título de este trabajo, la primera conclusión puede ser también tomada como un punto de partida: El hecho de que Vico y Bacon puedan ser vistos, en virtud de sus similitudes, como un ‘caso reconciliatorio’ de la disputa entre los antiguos y los modernos, ciertamente es un argumento que merece mayor discusión. Por el momento, y para establecer algunos puntos de esta posible discusión, sólo quiero sugerir que ninguno de los dos autores puede ser completamente considerado, en mi opinión, como ‘moderno’ o como ‘neoclásico’. Los dos comparten su admiración por el pasado, su rechazo a la escolástica y una esperanza evidente en el ‘mejoramiento’ (si no en el ‘progreso’) de la humanidad.

En segundo lugar, el ‘revival’ de Vico en las últimas décadas ha demostrado que el pensamiento de este excéntrico filósofo italiano está lleno de sorpresas. Todos los intentos por situarlo en una posición más bien dogmática (como pensador del catolicismo, como

anti-moderno, como relativista cultural o comunitarista) son, en mi opinión, erróneos. La dificultad de su estilo es, sin duda, una especie de estrategia retórica, que le permite trascender su propia tradición, y, al tiempo, retener su verdadero valor. Y su relación con Bacon, –ambigua, como es, pero también rebosante de admiración y estima– puede ayudarnos a nosotros, modernos o post-modernos lectores de Vico, a evitar categorías restringidas como las ya anotadas en nuestro esfuerzo por caracterizarlo.

Finalmente, quisiera reconsiderar la definición de Bacon del arte retórico como la forma de aplicar la razón a la imaginación para la mejor conducción de la voluntad. Ésta es, en realidad, una valiosa traducción a términos modernos de la forma de entender la retórica propia de los Sofistas. Ciertamente, quien ha alcanzado el corazón de la racionalidad retórica con tanta lucidez, y quien, sin embargo, sabe reconocer también los límites del arte del discurso, debería ser juiciosamente estudiado por la retórica contemporánea. Situar a Bacon en la lista de los detractores de la retórica me parece un error tan grave como situar a Vico en la lista de los detractores de la ciencia moderna. El recurso de Bacon a la inducción puede ser entendido, más bien, como un llamado a la retórica a aproximarse a los hechos, y a la ciencia para enriquecerse con el ejercicio de la imaginación y del sentimiento.

* * *



N.E.- Aunque no indicado por la autora, parece que las siglas usadas en citaciones en el texto se refieren a ediciones en inglés de las obras citadas: AL: *The Two Books on the Proficiency and Advancement of Learning* ("El Progreso del Conocimiento"); MST: *On the Study Methods of Our Time* ("Sobre el método de estudios de nuestro tiempo"); NS: *New Science* ("Ciencia Nueva").